



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La ventaja de llamarse América Latina

Autor: Lanz, Rigoberto

Forma sugerida de citar: Lanz, R. (1996). La ventaja de llamarse América Latina. *Cuadernos Americanos*, 6(60), 54-62.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 60, (noviembre-diciembre de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si mezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA VENTAJA DE LLAMARSE AMÉRICA LATINA

Por Rigoberto LANZ

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

LA MODERNIDAD "MADURA" se rompió por varios flancos. La propia crítica ilustrada se ha encargado de establecer el balance de sus promesas incumplidas (desde la crítica romántica, pasando por el pensamiento negativo de Frankfurt, hasta el realismo neo-conservador de un Daniel Bell, Jean-François Revel o R. Dall). En un primer momento el pensamiento posmoderno es básicamente una *crítica de la modernidad* que echa mano del repertorio teórico generado en el interior mismo de la sociedad capitalista. Con el advenimiento de la "sociedad poscapitalista" (Peter Drucker) se desarrolla un tipo de pensamiento más densificado como *teoría*, con un espesor propio, con una cierta corporeidad autónoma, que va perfilando el tono de lo que podría llamarse propiamente *pensamiento posmoderno*.

La defensa moderada de la modernidad (por lo demás, la única defensa inteligente que cabe) se conforma a partir de motivaciones intelectuales que merecerían estudio aparte. Hay un tenue hilo conector entre el neouluminismo de Jürgen Habermas y el neoconformismo de Agnes Heller. Existe un fino conector entre el neoteologismo de Leszek Kolakowski y el neosociologismo de Alain Touraine. Alguna reciprocidad late detrás del pensamiento de Norberto Bobbio y de Niklas Luhman. Nombres y conexiones podrían extenderse a través de tópicos, continentes y países.

Un fondo común perfila de algún modo a los defensores de la modernidad: 1. Una alergia colectiva frente a cualquier "irracionalismo"; 2. Una sospechosa amnesia epistemológica en torno al candente asunto del *poder*; 3. Un discreto repliegue de los temas del cambio social transmutados en "governabilidad"; 4. Un resignado apego a los *minima moralia* de una Ilustración para tiempos nublados; 5. Una irrefrenable propensión acrítica frente a la

lógica tecnológica; 6. Una marcada tendencia a vaciar de contenidos sustantivos el debate crucial sobre la democracia; 7. Una evidente dificultad para pensar la economía fuera del terrorismo del mercado.

Haciendo uso de algunas astucias hipertextuales podríamos encontrar claves de lectura que colocan en un mismo horizonte hermenéutico a intelectuales de experiencias y tribus muy disímiles en América Latina. Un cierto mapa ético-cognitivo nos permitiría poner en relación la incesante reflexión de Octavio Paz con los trabajos de Aníbal Quijano. Es claro el nexo entre la reflexión de M. A. Gerretón y Carlos Fuentes; entre Lidia Girola y Heinz Sonntag; entre F. Calderón y B. Echeverría; entre Nora Robotnikof y Pablo González Casanova; entre Jaime Labastida y Guillermo O'Donnell; entre Hugo Zemelman y Agustín Cueva; entre Orlando Fals Borda y Edelberto Torres-Rivas. Nombres y tópicos podrían ampliarse mucho más. Bastan estos trazos para ilustrar un cierto magma epistémico-cultural del cual se nutren algunos anclajes teóricos modernos.

Con semejanzas y diferencias en relación al pensamiento poscapitalista europeo, en América Latina se viene desarrollando un debate muy vivo que pone de manifiesto algunas pistas: 1. Se nota una cierta resistencia —entre actitudinal y teórica— a asumir todas las implicaciones del debate modernidad-posmodernidad en América Latina. 2. Late, detrás del pensamiento de la corriente moderna, una no erradicada nostalgia por aquellos buenos tiempos en los que la zanja ideológica delimitaba mal que bien los linderos: imperialismo, lucha de clases, liberación nacional, proletariado, democracia burguesa, hombre nuevo, dependencia. Hoy, los borrosos tiempos de la crisis han trasmutado aquel lenguaje en claves más civilizadas: gobernabilidad, desarrollo sustentable, ampliación de la democracia, integración, nuevo orden económico, desobediencia civil. 3. Los amigos modernos quisieran encontrar en la "identidad" algún sustrato ontológico que rellene el vacío verdadero de un concepto portátil —fugaz y efímero— como el de "América Latina". 4. Frente a la tríada teológica del mercado, la tecnología y la democracia, el pensamiento moderno de Latinoamérica se remite a Habermas: "todo dentro de los límites del estado de derecho". 5. Existe una preocupación común por destacar los rasgos de la "modernización sin modernidad" (Norbert Lechner).

Por el lado del pensamiento posmoderno puede rastrearse un telón de fondo que pone en comunicación los desarrollos teóricos de autores muy diferentes. No es difícil advertir coincidencias de clima intelectual entre los arrebatos antifilosóficos de Richard Rorty y el moderadísimo posmodernismo de Jean-François Lyotard, entre el peculiar heideggerianismo de Gianni Vattimo y la mirada posmoderna de Marshall Berman, entre la impulsividad neorromántica de R. Speman y las travesuras intelectuales de Jean Baudrillard, entre el desenfreno de Gilles Lipovetsky y la altanera antropología posmoderna de Stephen Tyler, entre el radicalismo deconstructivo de Jacques Derrida y las encantadas sutilezas semióticas de Aldo Rovatti, entre la contundencia de la crítica epistemológica de Michel Foucault y el neoculturismo de Clifford Geertz, entre las atrevidas sugerencias de Michel Maffesoli y la estética de Fredric Jameson.

De nuevo, autores y asuntos pudieran continuar extensamente. Suficiente para trazar la trama de producciones actuales que copan la escena intelectual en una de las avanzadas teóricas que parece más fecunda en este fin de siglo.

Si de un fondo común se trata, resultará fácil reconocer una pantalla trasera que refleja algunas señales: 1. La emergencia de una nueva sensibilidad expresada en todos los pliegues discursivos de las prácticas sociales; 2. El desmantelamiento —deconstructivo— de los principales pivotes racionales de la modernidad; 3. Una apuesta fuerte por el relativismo en todas las esferas; 4. Una recuperación sustancial del multiculturalismo; 5. Una virulenta impugnación a toda centralidad, a todo totalismo, a toda jerarquía; 6. La emergencia de una óptica y una sensibilidad que toma distancia de la racionalidad dominante; 7. Una ética mínima fundada en una nueva socialidad (¿empática?). En América Latina las corrientes se configuran difusa y nomádicamente (como debe ser). Algo late detrás del pensamiento de Norbert Lechner que lo conecta a la obra de Néstor García Canclini. Hay algo en común entre Beatriz Sarlo y Martín Barbero, entre Martín Hopenhayn y Marta López Gil, entre Julio Echeverría y Benjamín Arditi, entre Nelly Richard y Alexander Jiménez, entre Roberto Follari y Pablo Oyarzún, entre Felipe Mansilla y A. Pichitelli, entre Daniel Mato y Renato Ortiz, entre Julio Ortega y el suscrito (los jóvenes pensadores en Latinoamérica todavía no logran ingresar al mercado editorial. Pero hay mucho talento germinando que terminará por expresarse... eso espero).

¿Qué hay de común en el suelo teórico del posmodernismo latinoamericano? Creo que pueden ser indicados algunos rasgos provisionarios: 1. Un severo cuestionamiento al pintoresquismo tropical escudado tras las máscaras del patriotismo, el indigenismo ingenuo y las distintas vertientes de la "identidad traumática" (Julio Ortega). 2. Una ruptura con los paradigmas epistemológicos prevalentes en la "cultura académica" (Agustín Martínez). 3. Un esfuerzo enorme por reinterpretar el concepto mismo de "América Latina" a partir de la tensión teórica que se genera al interior de los modos de configuración cultural. 4. Una recuperación constructiva de la "hibridez" antropológica de la región de cara a los inexorables procesos de globalización tecnoculturales. 5. Una reproblematicación a fondo de la agenda tradicional de la ecología, colocando en el centro el debate sobre la racionalidad técnica y la inviabilidad del modelo ecodpredador imperante. 6. Una reproblematicación de la "cultura del desarrollo" (Martín Hopenhayn) a partir de la cual puede descubrirse el velo ideológico de distintas discursividades en juego. 7. Una crítica de la instrumentación neoconservadora del pensamiento posmoderno.

Ruidos que parecen música

EN este pedazo del mundo que los periodistas llaman "América Latina" vibra un poderoso volcán de incertidumbres que nos coloca repentinamente en el umbral de las mejores ventajas comparativas frente a lo posmoderno; nacimos posmodernizados *avant la lettre*.

Latinoamérica vino al mundo occidental imbuida del exotismo tropical que la mirada indulgente del etnocentrismo reconoció como sujeto de diálogo. Del mestizaje peyorativo hemos saltado abruptamente a la exaltación de la mezcla y la hibridez. Del criollismo aldeano y sospechoso, pasamos inadvertidamente al límite mismo del multiculturalismo exuberante. Resulta ahora que nuestro suelo antropológico está mucho mejor dotado para capear la incertidumbre, el desorden y el caos (¡allá las robustas culturas europeas que se contuercen lentamente para dar un modesto paso adelante!).

Si lográramos superar el síndrome de la "identidad traumática" tendríamos un enorme potencial para dialogar con propiedad en la lógica de la sociedad total. Quedan aún muchos bolsones de atraso intelectual expresados en toda clase de fundamentalismos etnológicos y atavismos retrógrados. Pero no descartaría que más adelante se abra paso un pensamiento posmoderno con una genuina nota

latinoamericana, pensamiento éste que podría contribuir a refundar un nuevo concepto de *identidad*: nómada, efímero, débil, fragmentario, polivalente, multicéntrico, hipercrítico, con un amplio espectro de recursividad, deliberadamente ambiguo.

En la imagen que tenemos de América Latina tiene papel importante la dimensión de *lo político*. Las especificidades de nuestra cultura política hablan de esta hibridez estructural que dinamiza las prácticas sociales en todos los ámbitos. El continente latinoamericano vive desde siempre la ambigüedad fundante de una peculiar "nación": sin capitalismo, sin "individuo soberano" (Enzo del Búfalo), sin ciudadanos y, sobre todo, sin los impulsos emancipatorios provenientes del ideario de la Ilustración. Somos herederos de una cultura antimoderna (la de los conquistadores españoles), pero al mismo tiempo transitamos los mismos esquemas discursivos e institucionales del Estado moderno. Esta tensión permanecerá constante desde el proyecto bolivariano hasta nuestros días. Una *cultura democrática* basada en la racionalidad de un "contrato social" negociado en el espacio público fue siempre un trasplante artificial que todavía puja por adaptarse al sustrato antropológico del "ser latinoamericano". No veo en esto una "deficiencia" o una "desventaja".

Mirado de otro modo (posmodernamente, tal vez) lo que estaría planteado es la existencia de un cierto suelo cultural altamente propicio para el cultivo de otra forma de socialidad. Si se trata de desarrollar nuevos modos de subjetivación, una racionalidad comunitaria distanciada de la lógica burocrática del Estado, una "racionalidad empática" (al estilo de Michel Maffesoli), entonces en este continente están dadas las mejores condiciones.

Somos varias veces víctimas de los distintos contornos de la "cultura del desarrollo" (Martín Hopenhayn). América Latina ha sido un laboratorio prolífico en eso de ensayar teorías secundarias (de la economía, de la cultura, de la política).

De la crítica a nuestra "modernidad periférica" (Beatriz Sarlo) nos va quedando en limpio la nítida imagen de la "modernización sin modernidad" (Norbert Lechner), la curiosa paradoja de un capitalismo sin "individuo soberano" (Enzo del Búfalo), la pintoresca imagen de un Estado sin *ciudadanos* (un "estado de ánimo", M. Ron Pedrique), la tragedia de una "nación" fundada a contrape-lo de los requisitos sociohistóricos de la nación moderna (Renato Ortiz). Los desarrollismos tropicales han sido todos subsidiarios de una antropología de la pobreza, a veces vivida como estigma cul-

tural (“identidad traumática” para Julio Ortega), otras veces tenida como paradigma de las superaciones que estarían planteadas en aquella alegórica metáfora del evolucionismo más caricatural: “países en vías de desarrollo”.

El desafío de una perspectiva moderna consiste en este punto preciso en un esfuerzo destructivo de la cultura del desarrollo, mostrando en sus distintos pliegues los gazapos ideológicos que arrastra, la acriticidad de sus postulados, el olímpico desprecio por la naturaleza singular del continente, su reiterado fracaso como opción socioeconómica para el bienestar social. Una crítica consistente de este discurso toca muy de cerca a las viejas concepciones del marxismo vulgar y, sobremanera, a las entusiastas ideologías de un yuppismo tropical bajo la rutilante etiqueta de “neoliberalismo”.

Por el lado de la cultura académica encontramos en Latinoamérica una situación singular; por condiciones de recepción de las que aquí no puedo ocuparme, las ciencias sociales se incorporan en el mapa intelectual de la región bajo el signo de un cierto progresismo que dinamizó intensamente los modelos precedentes de lectura-construcción de esta realidad. Este síntoma de la modernidad cultural contrasta abiertamente con la decadencia o agotamiento de esas mismas ciencias humanas en el mapa cognitivo de la Europa de los años sesenta.

La misión civilizadora de la cultura académica comporta inmediatamente una dilemática tensión de la cual nunca se recuperó plenamente: ¿ilustrar a quién? Los mismos entuertos del proceso de fundación de la “nación” se van a reproducir en el espacio escolar, en las concepciones educativas, en la discursividad de las élites, mismas que no alcanzarán jamás la utopía de un “proyecto nacional” consensuado sobre la base de demandas políticas antagónicas.

La cultura académica cristaliza en medio siglo de apogeo en un espacio refractario, autorreferido, con diversos grados de fragmentación, básicamente guiado por lógicas autorreproductivas. La universidad de este fin de siglo es un espacio vacío que serializa la racionalidad instrumental de varias formas: pragmatismo-clientelismo-burocratismo-neocorporativismo.

Cierto es que la cultura académica no es un sistema homogéneo, lineal y aplanado. Tanto por su complejidad como por su diversidad menester sería capturar sus anomalías, sus disidencias, su heteronomía. Por estas grietas penetra el aire renovador de la posmodernidad. Tal proceso de refundación está en curso. Los juegos de

fuerza están en escena. Se trata de apostar a fondo por una crítica de la cultura académica. De esos sacudimientos pudiera emerger una nueva sensibilidad, que sería posmoderna, acaso por la mera razón de su existencia.

Casi como un allegro

ME parece que el nuevo milenio puede nutrirse de torrentes teóricos que están construyendo el concepto mismo de "América Latina".

Es notable lo que está disponible hoy en el campo de la *antropología posmoderna*: la más severa crítica epistemológica al etnocentrismo, la más radical asunción del multiculturalismo, la más radical crítica deconstructiva de la cultura. A partir de insumos intelectuales de este tenor uno puede aspirar razonablemente a un viraje teórico de gran alcance en las próximas décadas. La antropología misma termina repensada en sus supuestos de base. Creo que el diálogo con todas las tendencias debe derivar hacia otros horizontes epistemológicos, hacia la densificación de una nueva sensibilidad, hacia la identificación de un potencial cultural aportado en el modo específicamente latinoamericano de la "mezcla" (¿por qué otras "mezclas" culturales arrojan resultados tan exitosos en Europa o Estados Unidos?)

El nuevo milenio encuentra al pensamiento político latinoamericano tensado por varios lados. Se trata de una pulsión sumamente saludable que obligará a la vieja ciencia política a un inevitable proceso de renovación intelectual. Hay numerosas síntomas de esta dinámica en la región. Una *teoría política posmoderna* tiene un papel creciente en esta enorme empresa colectiva (papel que no es ni único ni excluyente, por lo demás). Me parece que en la base fundante de un nuevo pensamiento político se advierten referentes epistemológicos de enormes implicaciones: la más severa crítica de las relaciones de poder (incluidas las tradicionales concepciones del poder de inspiración marxista), un demoledor enfoque metódico (arqueológico-genealógico-desconstructivo) que permite el desmontaje de mecanismos y dispositivos que son al fin de cuentas la sustancia de todo poder), una recuperación al primer plano de las *discursividades* de los agentes sociales como hábitat privilegiado de las lógicas dominantes. A partir de este sustrato epistémico se están repensando hoy los temas candentes de la agenda sociopolítica de América Latina, en especial el amplio espectro de contenidos asociados al debate central sobre la *cultura democrática*.

Si estamos entrando a una nueva "era" (hay tantos indicios para afirmarlo como contraejemplos para dudarlo), ello puede favorecer el impulso de un nuevo pensamiento social que recoloque sus claves de lectura en el espacio epistémico de la ecosociedad, es decir, en la dimensión pluriintegrada de lo que hasta ayer llamábamos la "naturaleza", el universo de las prácticas materiales y la dimensión esencial de la producción de sentidos (el mundo simbólico de la cultura). Una cierta *ecología política posmoderna* sirve de referente hoy para repensar la región latinoamericana: produciendo una severa crítica al modelo científico-técnico globalizado por imperativo de una lógica ecodpredadora fundada en la violencia, produciendo otros supuestos para poner en escena una nueva calidad de lo *alternativo*, apostando a fondo por una densificación del concepto de *América Latina* a la luz de una interpretación crítica de la noción de "ecodesarrollo".

Comparto parcialmente el reclamo del amigo Martín Hopenhayn (*Ni apocalípticos ni integrados*) en el sentido de no dejar apropiarse la dimensión utopizante del pensamiento (a riesgo de caer en una pura retórica instrumental). Creo que podemos transitar un gran trecho todavía, animando *la función crítica de lo utópico*. Desde un horizonte utópico interrogamos de otra manera este presente sin salidas, contrastamos negativamente el estado de cosas, punzamos hacia adelante la inconformidad con el mundo, podemos recrear otros discursos para comprender los viejos males de la explotación, la coerción y la hegemonía (que siguen operando como motor estructurante de sociedades escindidas y antagonizadas por la fisura ominosa de la pobreza y la opulencia).

El horizonte utópico de un nuevo pensamiento latinoamericano puede prever un contenido civilizacional a una cultura propia que se define por anticipado como verdadero diálogo de lo múltiple. Desde allí podemos fundar —una y otra vez— la legitimidad de una apelación universal: *la comunidad*. ¿Cuál *nosotros* para Latinoamérica? Los gregarismos simples están en bancarrota. Las asociaciones fundamentalistas desembocan inevitablemente en la violencia. ¿Desde dónde fundar una auténtica lógica comunitaria? Me parece que la experiencia histórica de este continente es, al menos parcialmente, una respuesta; América Latina es ella misma un *cairefour* civilizatorio. Ello podría transformarse en palanca frente a tiempos de globalización forzada (sociedad total, mercado total, cultura total); desde luego, a condición de superar la pena milenaria de las culturas secundarias, esa maldición etnológica que ha

hecho de este pedazo del mundo un pueblo condenado por el trauma fundante de la colonización. No veo salida alguna desde el síndrome cultural de resentimiento etnopolítico que acunan los distintos proyectos indigenistas. Tampoco aprecio alternativa alguna por la vía de un cosmopolitismo acrítico que asume impunemente la "universalidad" de la expansión incesante de la cultura occidental. Creo más bien en una oportunidad de *comunidad cultural* desde América Latina por la vía de una lectura afirmativa de su ecodiversidad, de su patrimonio específico.

El horizonte utópico de un pensamiento posmoderno (asumiendo plenamente la aparente paradoja implícita en esta construcción) puede ejercer una fecunda mediación normativa para un presente sobrecargado de la secuela paralizante del derrumbe. La clave es hoy descubrir la fuerza del pensamiento débil, afirmar lo positivo del pensamiento negativo, descubrir el otro orden que el principio del caos instaura, afirmarse en la consistencia de lo efímero, jugar cuando el juego mismo se ha cerrado.

Intuyo que tenemos una oportunidad, pensada desde los márgenes pero rabiosamente antimarginal, armada en la fugacidad de las sutilezas, pero propulsada con el vigor de los buenos tiempos. Vivimos en el mismo espacio cultural de la decadencia de una cultura y de la pulsión renovada de una estética emancipatoria. Vivimos en un mismo instante existencial la conmoción del derrumbe y el impulso creador de lo nuevo. Experimentamos en los pliegues de un mismo discurso la ambigua sensación de un poscapitalismo "triunfante" y los límites patéticos de la vacuidad de un modelo. En el centro de esta turbulencia bulle el impulso creador que podría hacer de América Latina un referente cultural de primer orden. Percibo que esa posibilidad está en nuestro horizonte como utopía. Tal vez como guía del espíritu, o, cuando menos, como fuerza interior para justificar la búsqueda de otro modo de vivir.